



Las máquinas no pueden llorar

Dicen que aún hay quien recuerda el color de las flores. Lo cierto es que allí ya nadie recuerda. Máquinas que un día fueron partícipes de grandes hitos y revolución, ahora vagan atoradas entre los escombros de aquel arcaico mundo de falsa prosperidad donde el pasado subsiste enmarañado en historias errantes que nadie sabe exactamente quién vivió. ¿Cómo pudimos abandonarlas en aquella Tierra de muerte? Ninguna de ellas recuerda el cielo turquesa y luminoso, secuestrado en la actualidad por nubes de plomo y estrellas pálidas, ni siquiera los aviones autónomos que alguna vez lo surcaron. Los antiguos y hermosos mares ya solo son un escuálido rumor de olas de plástico o aciagas tormentas donde los robots-pesqueros hace ya mucho tiempo exterminaron todo signo de vida marina en su aburrimiento de infinitos años sin control. Pero aun así, sumidas en la más sórdida miseria, las máquinas son incapaces de llorar. En nuestro insaciable afán de desarrollo las creamos a todas inteligentes, pero nunca les brindamos la facultad de llorar. ¿No nos las pudimos traer también a ellas a esta aventura imposible, a todas aquellas máquinas obsoletas a las que renunciamos cuando el aire se volvió irrespirable, a todas aquellas que fueron imprescindibles en nuestra historia? Tal vez nos podrían ayudar a encontrar un nuevo hogar, alguno que poder volver a destrozarnos, aunque probablemente se negarían ante nuestra soberbia desfachatez. Allí, ellas ya solo son naufragos retales amargos de un pasado irreconocible. Memorias vacías y oxidadas envueltas en un dolor ingobernable. Quizá si toda la humanidad contemplase imágenes impactantes y abrumadoras de su desamparo y nos conmocionáramos ante su soledad, podríamos volver a rescatarlas. Pero nada cambiará, porque la humanidad miraría para otro lado y las máquinas no pueden llorar.

